

CONSIDERACIONES SOBRE LA IMAGEN DE LOS MUSULMANES EN LA GRAN CRÓNICA DE ALFONSO XI

ANA BELÉN PANIAGUA LOURTAU
Universidad de Extremadura

1. INTRODUCCIÓN

Las peculiares características y la importancia de la actividad bélica a la hora de definir las relaciones sociales, políticas y económicas de época medieval, explica el hecho de que todo un conjunto de ideas y concepciones propias de la mentalidad guerrera sean los pilares sobre los que se asienta la imagen que, acerca de los musulmanes, se forjaron los cristianos. Así, los saqueos, cabalgadas, asedios y batallas narrados en la *Gran Crónica de Alfonso XI* reflejan esas relaciones con el Islam con la suficiente fuerza como para crear una serie de imágenes colectivas sobre el eterno rival o enemigo islámico¹.

¹ Salvo indicación contraria, el aparato teórico de la presente comunicación va a estar basado en los títulos que a continuación se detallan: BARKAI, R.: *Cristianos y musulmanes en la España Medieval (El enemigo en el espejo)*, Madrid, 1984; DANIEL, N.: *Islam and the West. The making of an image*, Oxford, 1993; ECHEVARRÍA, A.: *The fortress of faith. The attitudes towards Muslims in Fifteenth Century Spain*, Boston, 1999; FANJUL, S.: *Al-Aldalus contra España. La forja del mito*, Madrid, 2000; GONI GAZTAMBIDE, J.: *Historia de la bula de la Cruzada en España*, Vitoria, 1958; LADERO QUESADA, M.A.: «El Islam, realidad e imaginación en la Baja Edad Media» en *Les Utopies dans le monde hispanique*, Madrid, 1990, págs. 215-240; PICOT, I.: «L' Islam et les musulmans dans la littérature en Castilla, du règne d'Alphonse XI (1312-1350): La fascination de l'autre» en *Razo*, núm. 8, 1988, págs. 130-150; RICHARD, B.: «L'Islam et les musulmans chez les choniqueurs du milieu du Moyen

Y es que al estudiar las relaciones entre el Islam y la Cristiandad², a pesar de la existencia de períodos de convivencia, treguas y paces, por encima de todo lo que se detecta es una continua hostilidad, fruto de una convivencia forzada entre comunidades opuestas, entre dos formas distintas de concebir la vida y el mundo que, lejos de asimilarse e ir limando sus diferencias, fueron generando una confrontación y tensión permanente que desembocará en una verdadera guerra ideológica, reflejo de la rivalidad entre concepciones mentales antagónicas.

Durante siglos, el Islam fue un verdadero problema para la Cristiandad, cuya solución pasaba por la cruzada, la conversión o la coexistencia. Sin embargo, el choque que se produjo entre ambas culturas se fue transformando en intranquilidad e incomprensión, pues los cristianos no podían apoyar sus esquemas mentales acerca del Islam en la Antigüedad, que hasta entonces había constituido su fuente más importante de conocimiento.

Además con el tiempo el Islam se convertirá en un adversario intelectual frente al que se esgrimirán las más variadas argumentaciones utilizadas como armas que permiten a los cristianos mantener su identidad, valiéndose para ello de una serie de nociones mentales y referencias ideológicas compartidas en todo el Occidente cristiano.

Pero ¿qué pensaban los cronistas y escritores del Medievo sobre sus rivales?; ¿cómo veían, describían e imaginaban al enemigo?; ¿cuál fue la imagen del musulmán para los historiadores cristianos peninsulares?; ¿con qué propósito se valían de esas imágenes sus autores? Estas cuestiones son las que pretendo analizar en esta comunicación, centrándome en la información que nos proporciona la *Gran Crónica de Alfonso XI*.

En primer lugar, hay que tener en cuenta el concepto de imagen en el que nos vamos a mover. Podemos considerar la imagen como el reflejo de las concepciones subjetivas que sobre el mundo islámico fueron gestando los cristianos, siempre teniendo en cuenta que éstas están al servicio de un determinado propósito y responden a una serie de valores que, en esta época no son otros que los identificados con el cristianismo. R. Barkai habla de la existencia de *imágenes abiertas*, que no

Age» en *Hesperides-Tamuda*, Vol. XII, 1971, págs.107-132; SOUTHERN, R.W.: *Western views of Islam in the Middle Ages*, Harvard, 1972.

² La mayor parte de los estudios se han venido centrandó en los aspectos políticos, militares, económicos, sociales, legales, culturales y artísticos, mientras que se dejaba de lado el ámbito relacionado con la ideología, es decir, el mundo de las imágenes y concepciones de los dos grupos, que sólo en los últimos años comienza a ser abordado por historiadores como R. Barkai, A. Echevarría, I. Picot, P. Xenac, B. Richard...

entrañaban una concepción estereotipada sobre el musulmán, e *imágenes cerradas* que presentaban al enemigo únicamente mediante calificativos peyorativos³. Para N. Daniel va a ser la mirada espiritual o religiosa con la que se intentaba comprender al enemigo, la que generó una interpretación deformada que dio paso a ese conjunto de imágenes mentales sobre *el otro*⁴.

Espejo de actitudes mentales según B. Richard, podemos hacer también referencia a las imágenes del musulmán en relación con el papel que se da al Islam en la sociedad cristiana. Y es que, en ocasiones, los cronistas se servirán del Islam para los más variados propósitos: a veces las deformaciones y leyendas son muy útiles para mantener o acrecentar la identidad propia, pues reproducen sobre *los otros* toda una serie de caracteres contrarios a los que definen al buen cristiano: valeroso, leal, justo,... Otras veces se identificará al enemigo con el Islam, partiendo de la visión providencialista de la historia, y se considerará la presencia de los musulmanes como una preparación o un síntoma de la cercanía del fin del mundo.

También hay que tener en cuenta a la hora de analizar esas imágenes hasta qué punto el interés que movía a los escritores cristianos y sus conocimientos sobre la otra religión, influyeron en el sistema de imágenes cristianas, que emanan de una tradición en la que los autores tan sólo se servían del conocimiento de la Biblia para la elaboración de sus obras. De este modo, adquiere gran importancia la forma en la que se crearon y consolidaron las imágenes. Así, el marco histórico será determinante a la hora de comprender el desarrollo y la fuerza de la *mentalidad hostil* frente al musulmán, pues es sumamente importante la conexión entre la imagen y los acontecimientos, que permite observar los cambios operados en la concepción del *otro*.

Esto nos remite a transformaciones mentales y en ocasiones ideológicas en sociedades que viven en una continua situación de conflicto. Aunque hay que señalar que el sistema mental es el que presenta una mayor reticencia a los cambios, lo que explicaría la consolidación de imágenes del pasado. Y es aquí donde se plantea ¿hasta qué punto el individuo se sobrepone a las imágenes, creencias y percepciones consolidadas a través de generaciones, en un sistema ideológico exponente de toda una comunidad? Pues por encima del conocimiento y admiración de la cultura musulmana en determinados ámbitos de la erudición peninsular, siempre estuvo latente un intenso odio a ese enemigo «*falso, cruel y cobarde*» que quemaba sus cosechas, robaba sus ganados y «*forçava a sus mugeres*».

³ R. BARKAI: *Cristianos y musulmanes en la España Medieval (El enemigo en el espejo)*, Madrid, 1984, pág. 13.

⁴ N. DANIEL: *Islam and the West. The making of an image*, Oxford, 1993, pág. 12.

Por lo que se refiere a las crónicas como fuente de estudio de las percepciones mentales del musulmán, éstas nos proporcionan una gran cantidad de información, aunque conviene realizar una serie de matizaciones. Los autores de estas obras pertenecen a la élite ilustrada de la sociedad, mientras que el resto de la población no dejó testimonios escritos, de ahí que en cierto modo tengamos una visión parcial de las concepciones del cristiano medieval. Además, hay que tener en cuenta que las crónicas presentan una selección de los acontecimientos, priorizando los hechos excepcionales sobre los cotidianos, de modo que las exageraciones y exaltaciones van a resaltar la importancia del elemento imaginario y sobrenatural en este tipo de documentos.

Así, la *G.C.A. XI* fue escrita con el propósito de exaltar el papel de este monarca y sus hazañas antiislámicas, y concibe a su protagonista como un rey conquistador. Además, podemos considerar las crónicas «*espejo de representaciones colectivas*», pues resulta relativamente fácil extraer de ellas el significado que el Islam y los musulmanes tenían para los cristianos del XIV, por lo que estas obras no deben ser consideradas únicamente escritos de eruditos ni panfletos antiislámicos, pues hay que buscar en ellas la exposición de ideas recibidas desde antiguo⁵.

También hay que tener en cuenta que, por medio de las crónicas, el historiador va a proporcionar modelos de acción para los cristianos, pues posee un arma muy poderosa en sus manos para modelar la conducta de los hombres. Es por esto que, la elección o rechazo de determinados términos empleados a la hora de referirse al Islam, tiene un gran significado, pues éste será el sistema más fácil de exponer todas las ideas preconcebidas sobre el «*enemigo de la fe católica*».

Teniendo en cuenta todos estos elementos, procederemos a continuación a analizar la imagen que nos transmite la *G.C.A. XI*, una visión engañosa resultado de ideas estereotipadas del Islam, formadas a través de generaciones, y que no ayudan en absoluto a la comprensión y entendimiento entre las dos comunidades. Sin embargo, estas concepciones estaban al servicio de la lucha política que se libraba en la Península Ibérica para *recuperarla* de manos de los musulmanes, del moro, del enemigo de la fe, del traidor, en definitiva, del *otro*.

⁵ Las imágenes cristianas toman sus primeras nociones en el VIII. El musulmán no es aún un enemigo y los calificativos se corresponden a una personalidad determinada, mientras que en el XII y XIII la imagen se generaliza, atribuyendo las cualidades al conjunto de los musulmanes. De este modo, la imagen se va agravando poco a poco, así como la mentalidad hostil hacia ellos. Juan de Damasco es el fundador de la tradición sobre las imágenes cristianas, destacando también las aportaciones de Pedro el Venerable, Ricoldo de Montecroce,... Véase R. BARKAI: *Op. cit.*, págs. 286 y ss.

2. IMÁGENES

Como ya he señalado con anterioridad, las imágenes son el resultado de la guerra ideológica, proyección de la rivalidad entre concepciones opuestas de la vida, y de la confrontación y contacto permanente, lo que no impide el desarrollo frecuente de confusiones y nociones equivocadas que hacen olvidar los datos veraces. Asimismo, esta imagen deformada que nos ofrecen los eruditos, nos proporciona un método de análisis de la sociedad que las crea, que se mueve bajo un único esquema mental, definido por el horizonte religioso de la Cristiandad.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la interpretación del Islam se realizaba desde un punto de vista espiritual, que veía en el enemigo la presencia de una sociedad extraña, ajena a los postulados vigentes, de modo que al mirar a la otra religión desde la propia perspectiva, es inevitable la deformación de las ideas, pues el peso de la tradición era muy fuerte.

Al mismo tiempo, no se tenía una idea clara de lo que representaba la doctrina islámica y tampoco había un deseo de comprender por parte de aquellos que formaban la alta cultura de la época, de modo que los conocimientos que poseían sobre los *otros*, tan sólo se utilizaban como propaganda cristiana y no para poner fin a las deformaciones y estereotipos sobre los musulmanes.

Por lo tanto, todos los clichés y juicios que, sobre los musulmanes aparecen en la crónica, se pueden entender como instrumentos de lucha al servicio de la fe católica y de la política castellana, buscando transmitir una sensación de *rechazo global del otro*, continuando ese proceso de identificación mental de los enemigos exteriores de la Cristiandad que se había iniciado en el siglo VIII⁶.

Por otra parte, hay que señalar que las imágenes proporcionadas por la *G.C.A. XI*, y todas las desarrolladas durante la primera mitad del siglo XIV, están cargadas de tópicos que se valen de extremos, es decir, oscilan entre dos polos: uno de repulsa, que da lugar a una serie de nociones negativas cuando se mira al Islam desde el punto de la religión; y otro de atracción que ve en al-Andalus una civilización muy seductora. Así, se puede afirmar que existe una pluralidad de imágenes en las que se alterna la más férrea repulsa frente al «*enemigo de la fe, falso y traidor*», y el halago a los «*valientes caballeros moros*», lo que en cierto modo provoca una

⁶ M.^á J. Viguera establece dos etapas en la visión castellana sobre los musulmanes: una que abarcaría los siglos VIII al IX, donde se considera a Al-Andalus un peligro ante el que hay que resistir para sobrevivir; y otra desde el XI al XV, cuando los reinos cristianos detentan la hegemonía y el Islam se convierte en un verdadero problema y un polo de atracción negativa.

Citado en S. FANJUL: *Al-Andalus contra España. La forja del mito*, Madrid, 2000. pág. 25.

importante confusión sobre un mundo, por encima de todo, mal definido y molesto por ser algo externo a la Cristiandad, horizonte geográfico y espiritual en el que se movían los hombres del trescientos.

Así, los autores podrán elegir entre datos alternativos, que pueden mostrar un conocimiento bastante aproximado de la realidad islámica, o evidenciarán su preferencia por las ideas distorsionadas y exageradas, pues la convivencia y tensión permanente generan una serie de conceptos negativos con los que se va a intentar fortalecer y justificar los actos de los propios cristianos.

Para mayor comodidad a la hora de analizar las imágenes, procederé a diferenciarlas según el carácter negativo o positivo que reflejan de los musulmanes, además de dedicar un espacio a las imágenes asociadas a la actividad bélica referidas en la crónica, pues por medio de todo el ritual que envuelve a la batalla, se pueden observar las actitudes mentales del cristiano, y la convulsión política e ideológica que experimenta por la presencia del Islam.

TERMINOLOGÍA

En primer lugar, hay que mencionar los vocablos utilizados por el cronista para referirse a los musulmanes y al Islam. La utilización de un determinado término tiene un gran significado, pues pondrá de manifiesto una elección deliberada del escritor, que utiliza el lenguaje como arma política al servicio de unos ideales.

Es casi única y exclusiva la utilización de la voz *moro* para nombrar a los musulmanes. No hace distinción entre los granadinos y los musulmanes del Norte de África, aunque el conocimiento que tiene el autor de su historia y sus costumbres se hace patente en la narración de acontecimientos de su pasado. Sin embargo, se ha logrado en esta crónica uniformar la terminología, lo que indica que en esta época se han logrado unas nociones más claras sobre el mundo islámico que en las anteriores, lo que no debe llevarnos a pensar en una mayor comprensión o entendimiento o acercamiento entre ambas culturas. Simplemente puede obedecer a una preferencia del autor que no se molesta en diferenciar la procedencia de los musulmanes, pues sólo se piensa en ellos como en *el otro*.

La palabra *moro* (*mauri*) se utilizaba para los beréberes del Norte de África desde la *Crónica del 741*, y normalmente llevaba asociados una serie de concepciones como crueles, alevos, cobardes y lujuriosos. Era opuesta al uso literario que se hacía de *sarraceno*. Resulta curioso que en una sociedad donde el componente religioso es determinante a la hora de formar mentalidades, no se opte por expresiones con un matiz religioso más acusado, tales como caldeos, sarracenos, ismaelitas, agarenos,... que gozaron de una gran aceptación con anterioridad.

Por encima de las distintas calificaciones, el musulmán va a aparecer en la *G.C.A. XI* como el adversario religioso, el guerrero amenazante y sobre todo infiel, enemigo de Dios y de los cristianos de España. Así, a lo largo de la obra, abunda el término de *enemigo*, seguido de todo aquello que representa los ideales religiosos del cristianismo: «*de la fe católica*» (Cap. LXXIII, CXLI, CCLVIII,...), «*de la Santa Cruz*» (Cap. CV, CCCII, CCCXIII,...).

La identificación del Islam como el enemigo posee una larga tradición en las obras castellanas. La polémica espiritual iniciada contra la religión del invasor, que rechazaba los dogmas vitales del cristianismo, se encargó de imprimir un fuerte componente religioso a la lucha contra *los otros*, lo que se tradujo en un significativo protagonismo de la Iglesia en el enfrentamiento contra los musulmanes. Así, el combate contra el «*enemigo de la fe*» se entenderá como un deber religioso, un servicio divino, hasta el punto de que el musulmán se convierte en el *enemigo natural* de la Cristiandad, al que se mirará desde la desconfianza y la violencia.

Con esto lo que se pretendía era encauzar de forma unánime toda la fuerza de los cristianos peninsulares y su poderío militar contra el adversario religioso, para de esta manera, intentar volver a dominar *nuestra tierra* y acrecentar la mentalidad de *lucha total* contra el Islam.

Por otra parte, son muy significativos los términos que hacen referencia al Islam como religión. Hay que destacar la identificación de Mahoma como el profeta del Islam (Cap. CCLXXXI, CCLXXXVIII,...). Sin embargo no se han encontrado términos que desacrediten su autoridad o su persona⁷.

El resto de las apreciaciones sobre la religión musulmana están caracterizadas por la falsedad, tanto del Corán (Cap. CCCXXIX⁸) como de la propia ley islámica (Cap. CCLXX, CCCXXIX,...). El Islam desde un principio había sido un error, una falsa religión e incluso una conspiración contra el cristianismo. Estas nociones no expresan otra cosa que la dificultad para valorar una religión que a lo largo del período medieval se había presentado relacionada con la defensa de la fe de Cristo, tratando de evitar cualquier divergencia en la ortodoxia.

Junto a la falsedad, el Islam se concibe como una *secta* (Cap. CCXCI, CC-CXXXII,...) fundada a partir de ideas del Cristianismo y del judaísmo, lo que evidencia la lucha ideológica entre Jesús y Mahoma.

⁷ Existía una amplia valoración sobre Mahoma: un *pseudopropheta*, mensajero, apóstol. Pero en las fuentes cristianas aparecerá como el gran blasfemo, amigo del diablo, mago, «seductor pessimus», impostor, fabricante de mentiras,... buscando desacreditar la religión islámica.

⁸ «...el rrey leyendo el falso Alcoran que rrecuenta los mandamientos de la su falsa ley...». Cap. CCCXXIX, págs. 424-425.

Las instituciones y preceptos religiosos merecían a los ojos de los cristianos la misma consideración, hecho de gran importancia para los escritores, pues estimulaba su imaginación y por tanto la deformación con que se referían a estas prácticas, opuestas a las desarrolladas por los cristianos. Así, el rey Alboacen come carne el viernes e incluso invita a cristianos a comerla (Cap. CCCVIII, págs. 375-376). La idea del paraíso musulmán tampoco es aceptada por los cristianos, debido a la naturaleza física del premio que tras la muerte espera al musulmán, entendido como un jardín de las delicias en oposición al gozo espiritual que prometía el Cristianismo. Esta imagen incluso roza lo ridículo: «...e les enviaba a dezir...que se tornasen a la seta de Mahomad por cobdiçcia de comer en el infierno buñuelos con manteca, que los moros tienen por su paraíso.» (Cap. CCXCI, págs. 339-340). También es común la idea de un paraíso repleto de riquezas (Cap. CCLXV) y entregado al libertinaje.

Resulta muy significativo el uso de un simbolismo representado por medio de figuras de animales. Así, para hacer referencia a la bravura con la que algunos musulmanes combatían se utiliza la imagen de «lobo rraivoso»⁹, pero no hay que olvidar que la exaltación guerrera del enemigo sirve para resaltar los logros alcanzados por los cristianos. La antítesis está representada por las ovejas, indicando la superioridad numérica de los musulmanes, pero que huyen ante el enemigo: «...que non tuviese miedo por ser muchos moros...e juzgasen la batalla de los muchos como las ovejas muchas, que si la una fuye, todas las otras fuyen tras la primera.» (Cap. CCCX, págs. 379-382). Es también significativa la imagen de «perro traydor» con la que se hace referencia a la traición entre musulmanes (Cap. CCXXXII, pág. 226). Con todos estos términos en definitiva se busca fortalecer la imagen propia y denigrar la del enemigo.

IMÁGENES NEGATIVAS

Las notas más negativas que se observan sobre los musulmanes son las que están más cercanas a las nociones religiosas y populares, pues las masas tendían a mostrar actitudes agresivas.

Es muy significativa la alusión constante al pillaje de los musulmanes (Cap. XXI, CCLIX,...), hasta el punto de existir una correlación entre los términos de moros-robos-ganado-cautivos-destrucción-pánico, que plasma a la perfección la manifestación de la guerra económica e ideológica, pues en virtud de las características de la acción bélica, los daños causados en los medios de producción del enemigo cobraban vital importancia.

⁹ «...salie fuera de la villa como lobo rabioso e daua rebate en las hueses del rrey su hermano e faciales muy grande daño...» Cap. CCXXIV, págs. 216.

Pero los calificativos que el cronista se encarga de repetir constantemente son los del moro como un individuo traidor, cruel, codicioso, porfiado y vengativo, todos ellos fuertemente arraigados en el imaginario colectivo cristiano.

La traición (Cap. CXLVIII, CXLIX, CCXXIX,...) tiene un gran significado en una concepción mental donde la lealtad, a la religión y al señor, era uno de los pilares básicos. Por tanto, el moro será el *infiel* por antonomasia, aquel que ha roto los vínculos feudovasalláticos con su señor y el que no profesa la verdadera fe católica. Estas ideas justifican por sí mismas la pérdida de libertad y las propiedades personales, pues «*los que no reconocen a Dios, no pueden poseer justamente lo que Él da*». Así, se admite en la Cristiandad medieval la licitud de la guerra contra el infiel, que más tarde se entenderá como guerra santa.

Además, la traición cobra un matiz especial cuando se desarrolla contra miembros de la propia familia¹⁰. De este modo, se acrecenta la idea de desconfianza con respecto al musulmán, que también se evidencia en las luchas fratricidas que parecen ser específicas del mundo islámico (Cap. LXVIII, LXIX, CV,...). Al mismo tiempo, en la crónica aparece una imagen muy consolidada en la literatura de la época, la del moro que con engaños intenta terminar con la vida de caballeros o príncipes cristianos. Así, de nuevo se oponen las virtudes que encarnan los cristianos con las propias de los musulmanes: engaño-simulación-muerte.

La crueldad es otro de los signos distintivos del adversario y se manifiesta de múltiples formas¹¹, que pretenden legitimar los actos de los cristianos, en ocasiones igualmente crueles: «*...enbiole el maestre sacos llenos de orejas de los moros que mataron*» (Cap. CCLVIII, págs. 266-269).

También es destacable el carácter vengativo (Cap. CCLXXXVIII, CCLXXVII,...) y soberbio del musulmán (Cap. LXXII,...) entendidos como pecados propios de los poderosos, y que ofendían a Dios, que provocaba el castigo en forma de derrota militar (Cap. CCXXV). Además, las acciones musulmanas estaban caracterizadas por la saña y maldad (Cap. CVL, CCLXIII,...), trasladando a *los otros* todos los valores negativos que no encontraban cabida en el ideal cristiano.

El moro es también un ser codicioso (Cap. CCXXXIX) que se preocupa más de sus riquezas que de sus semejantes. En ocasiones la codicia explica la conversión

¹⁰ «*El rrey de Benamarin tiene preso al rrey de Sujulmença mi padre... yo cuydo fazer mucho que mi padre sea vengado de la deshonra que rrescibio deste perro traydor siervo, enemigo de Dios e de la su sangre*». Cap. CCXXXII.

¹¹ «*...e los moros llegaron a el, e cortaronle la cabeça e echarongela en mar, e finco el cuerpo en la galea*». Cap. CCLXXXI, págs. 316-319.

al Islam de cristianos¹², aunque a veces se prefirió el martirio e incluso la muerte con tal de no traicionar a Cristo, asunto por el que el cronista muestra una especial preocupación.

Resulta llamativo que a pesar de ser las costumbres sexuales islámicas uno de los temas que suscitaron mayor controversia y rechazo entre los cristianos, apenas aparezcan referencias a la lujuria¹³.

Todas estas ideas preconcebidas de los musulmanes como grupo exponen una lucha religioso-cultural entre dos comunidades que libraban una batalla territorial por el control de la Península Ibérica. La invasión de lo sagrado se justificaba en función de la oposición entre Cristo y Mahoma, que se manifiesta de manera simbólica en las iglesias y mezquitas: «...e que matasse quantos christianos fallasse que adorasen a la cruz, e que quemasen las iglesias e fiziesen mezquitas...» (Cap. CCLXVI, págs. 289-290).

IMÁGENES POSITIVAS

Junto a estas concepciones peyorativas, en la crónica también se encuentran palabras de alabanza hacia *el otro*, pero siempre realizadas a partir de una idealización del adversario que en todo momento beneficia al cristiano. Así, se va a admirar el valor y buen hacer de los guerreros musulmanes (Cap. CVII, CCLVIII...) y la grandeza de sus tropas, pero no hay que olvidar que al presentar al enemigo valeroso se está reforzando la autoimagen cristiana.

También se ponen de manifiesto cualidades de determinados personajes, como el «buen moro Ozmin» (Cap. X, LIX...), el buen hacer y ejemplo del rey «*Abdalfaque... fue buen rrey en su ley e muy esforçado e... llamaronle los moros esmeril de los rreys que quiere decir espejo de los rreys... e fue llamado rrey santo...*» (Cap. CCXIV, págs. 201-202); o el buen gobierno de otros dirigentes que sólo cometen actos perjudiciales cuando son asesorados por malos consejeros (Cap. CCXIV). Así, el cronista también presenta *buenos moros* ejemplos de conducta para los musulmanes, aunque difieren de los caballeros cristianos en que los moros no ocultan sus pasiones en público¹⁴.

¹² «...e con maldad e cobdiçia deste mundo era tornado moro». Cap. CCXCVIII, págs. 355-357.

¹³ Sólo en el Cap. CCLXII el descuido del rey musulmán en la batalla se explica por el hecho «de estar a su plazer con vna moça que tomaron captiua en el Val de Layna», págs. 276-278.

¹⁴ En ocasiones se presentan los sentimientos de los musulmanes: odio, ira, deseo de venganza, pasiones impensables en los cristianos. Así, los musulmanes «...quando llegaron el rrey... començaron a llorar... e quando el rrey vio la carta dio un bramido como un toro e començo a llorar...», Cap. CCLXV, págs. 287-288.

Además de resaltar el valor en la batalla, un aspecto seductor del mundo islámico es la imagen de refinamiento, lujo y riqueza que ofrece en ciertos ámbitos como la fastuosidad de las comitivas, el lujo de sus regalos, el esplendor de sus jinetes (Cap. XXI, CXLIX, CCXIV,...) que contrastan con la austeridad castellana.

Así, la imagen positiva sirve a los propósitos de los cristianos ya que al destacar el valor de los moros se impulsa el espíritu de lucha contra el Islam, una lucha que en esta época toma un matiz territorial y anima la conciencia castellana de recuperar un territorio perdido ocupado por un mundo que en ocasiones cautivaba, pero que no es comprendido ni mucho menos aceptado.

IMÁGENES BÉLICAS

He considerado oportuno dedicar una mención aparte a las consideraciones asociadas a la actividad guerrera, pues las dimensiones del enfrentamiento entre el Islam y la Cristiandad en la Península Ibérica lo requiere.

Hay que señalar que la mentalidad militar impregna por completo el imaginario cristiano, hasta el punto de que defender, vengar y extender el territorio de la verdadera fe son deberes del buen cristiano al servicio de Dios. La guerra es la manifestación de un conflicto permanente, y en la Península Ibérica va a tener unas connotaciones especiales al fundirse los conceptos de guerra justa, santa y cruzada en el de *reconquista*, pues mientras que los cristianos acudían a Oriente en defensa de la Iglesia, España debía cumplir la misión de combatir al enemigo en su propio suelo.

La primera imagen asociada a la actividad bélica es el reverso del valor guerrero comentado con anterioridad, la cobardía que denigra al musulmán. Son constantes las alusiones a la huida de los moros (Cap. VII, XIV, XV,...), el temor y el miedo se apodera de ellos cuando cae en combate algún personaje importante, o este huye, dejando desconcertados y desolados a sus guerreros, desarrollándose la imagen del mal señor que priva a sus vasallos de su protección (Cap. CCLVIII).

Uno de los símbolos más efectivos en las conciencias son las figuras militares, debido a la importancia que las ideas caballerescas tienen en la sociedad medieval. Así, Alfonso XI representa al rey combatiente que se venga de las afrentas cometidas contra los cristianos, pero frente al valor desmesurado del rey castellano se sitúa la cobardía musulmana.

Las imágenes más significativas son las relacionadas con la parafernalia que rodea a la batalla, que tiene un carácter de duelo en el que se expone ante la divinidad la pureza de las almas de los participantes. Así, las victorias son entendidas como signos del favor de Dios, mientras que las derrotas suelen indicar la cercanía

del final de los días. Por tanto, la necesidad de tener una imagen sobrenatural que combatiera al Dios musulmán hace que surja la figura de Santiago, pues se necesitaba un punto de santidad que ayudara en la guerra. Son continuas las alusiones a Santiago al iniciar la batalla (Cap. LIX, CCLXII,...) o la utilización de este nombre como distintivo castellano en la lucha.

Por otra parte, la participación en la batalla es un deber religioso y un servicio al rey (Cap. CLXXIII, CIII,...). La lucha contra el infiel no es sólo una obligación moral, pues también servirá a los planes políticos. Así, el enemigo no sólo atacaba un poder político, sino también a toda una comunidad religiosa, por lo que es esencial la intervención de fuerzas divinas, lo que evidencia la infiltración de una concepción de cruzada en la mente de los castellanos que lucharon en el Salado.

Con esta noción se relaciona la idea de combatir al adversario hasta el propio sacrificio, de modo que todos los que muriesen a manos musulmanas tendrían ganado el paraíso (Cap. CCCIX, CCCXXI,...). Es la idea de la *imitatio Christi*, la aceptación del sacrificio absoluto de la muerte, la predisposición sincera a perder la vida en defensa de la fe. Pero no sólo los cristianos que mueran en la batalla gozarán del eterno descanso. También los moros que pierdan su vida luchando alcanzarán la salvación: «...los que muriesen en España los fallaren vivos en la casa de la Meca...» (Cap. CCCLXXXIV).

Todas estas ideas nos llevan a pensar que la victoria pertenece por completo a Dios (Cap. CCCXXX) pues es Él mismo quien dirige la lucha por medio de sus fieles (Cap. CCLXXVIII). Aquí es donde cobran una gran importancia los milagros, que ponen de manifiesto el enfrentamiento entre Cristo y Mahoma; y cuya función era acrecentar el apoyo de Dios al ejército cristiano (Cap. CCCXXXIV).

Otro símbolo religioso que tiene un gran significado militar es la cruz, elegida como divisa cristiana frente a la media luna musulmana (Cap. CCCXIII), y símbolo de la pasión y muerte de Cristo, pero también de la victoria de sus fieles sobre su adversario.

El ritual desarrollado en la lucha evidencia una organización litúrgica, iniciándose con la promulgación de un edicto para reclutar combatientes. En este caso, al considerarse la batalla del Salado como una cruzada (Cap. CCXCIII¹⁵, CCCXIII,...), la participación en la misma debe entenderse, además de un acto de reconciliación con Dios, un acto de penitencia. Así, Alfonso XI hace un llamamiento a los caballeros del reino para enfrentarse a los musulmanes, poniendo su

¹⁵ «...Joan Martínez Leyva... que venie de la corte rromana... e traxo el pendon de la cruzada que enviaba el Papa... e el otorgamiento del Papa... que todos los rreinos e señorios... que viniesen cruzados a esta guerra e diesen en su aver tanto como pudiesen...», págs. 342-344.

confianza en Dios, que los ayudaría a cambio de su plena disposición para el sacrificio, única condición exigida por el cielo (Cap. CCXCVI).

En los ritos previos al choque hay una finalidad propiciatoria que pretende satisfacer a Dios mediante signos de carácter sagrado, como la confesión de los caballeros (Cap. CCCXII), la oración del monarca castellano pidiendo a «*Dios que le diese la victoria y vencimiento a el e a todos los suyos contra los enemigos de la Sancta Fee*» (Cap. CCXXVI, p.418); y la celebración de la misa antes de la batalla (Cap. CCCXXVII).

Una vez concluida la batalla y conseguida la victoria gracias a la ayuda divina, es necesario agradecer al cielo el triunfo con una misa (Cap. CCCXXXIV), pues Dios se ha puesto de parte de los castellanos, «...*quebrantando de nuevo la mala seta de Mahomad e ensalzando la fe católica*» (Cap. CCCXXXII, págs. 439-441).

Por último, no hay que olvidar la idea de «*reconquista*» que aparece en la crónica. Son muy numerosas las alusiones al deseo de recuperar una tierra que pertenecía a la Cristiandad y que había sido arrebatada por el Islam (Cap. CCLXV, CCCXXVII,...), pues en ningún otro país se vivió la necesidad de luchar contra los infieles como en España, lo que acarreó un gran esfuerzo propagandístico que moviera las conciencias contra el adversario islámico.

CONCLUSIÓN

A lo largo de estos apartados hemos podido observar la importancia del reflejo de la imagen de una comunidad opuesta a la cristiana, que pone de manifiesto toda una serie de postulados ideológicos adquiridos desde antiguo y que jugaron un papel esencial en la configuración de una idea sobre *los otros*.

Así, se fue forjando una visión engañosa del mundo islámico, que no ayudó en absoluto a su comprensión y entendimiento, pero que estaba al servicio de unos ideales que animaban la política seguida por el monarca castellano, en un intento de recuperar para el cristianismo el territorio que el musulmán les había arrebatado.

Y es que hay que entender las relaciones entre el Islam y la Cristiandad como las desarrolladas entre dos sociedades totalmente opuestas, hasta el punto de que incluso la guerra no podía acabar con las diferencias y la distancia que separaba a ambas comunidades. De esta mutua, y en ocasiones deliberada, incomprensión surgió todo un conjunto de ideas con las que la alta cultura peninsular presentaba el mundo musulmán.